

tés, apenas llegan los dos presos á quienes éste habia puesto en libertad, cuando muda de resolucion y dispone mandar nueva embajada con mayores y mas ricos presentes, en la que iban dos jóvenes sobrinos suyos con cuatro grandes personajes de su corte, los cuales se quejaron de la conducta del cacique de Cempoala, á quien no castigaba Moctezuma como merecia por consideracion á Cortés y á los suyos, en quienes creia ver aquellos hombres anunciados por sus antepasados, que eran de su linage y que andando el tiempo habian de venir á estas tierras. Cortés recibió el presente, y contestó haciendo nuevas protestas de su sinceridad, y en prueba de ello les entregó los tres megicanos que tenia en las naves: pero en cuanto al pago de los tributos que se reclamaban á los Totonacas dijo, que estos no podian servir á dos señores, por que habiéndose puesto bajo la proteccion del rey de Castilla, estaban exentos de toda obligacion para con su antiguo soberano, y que proponiéndose pasar pronto á verle y servirle personalmente, para entonces se arreglarian todos estos puntos. Los pueblos que habian sacudido el yugo de los megicanos se afirmaron en su desobediencia, infiriendo por la consideracion con que Moctezuma trataba á Cortés y presentes que le enviaba, que sin duda debia temerle mucho.

El cacique de Cempoala quiso entonces abusar de las ventajas que le procuraban sus nuevos amigos para vengar antiguos agravios contra un pueblo vecino, al que los historiadores españoles dan el nombre de Cingapacinga, á cuyo fin informó á Cortés que en

aquel punto se habia reunido un ejército megicano contra el cual imploró su proteccion. Cortés, para hacer valer mas y mas el temor que se tenia á los españoles, quiso persuadir que uno solo de éstos bastaba para protegerlos contra un ejército megicano, y para dar mayor fuerza á esta idea, envió con el cacique á un vizcaino viejo y contrahecho llamado Heredia, que fuese tirando tiros al aire y se detuviese en un punto determinado, donde Cortés con algun pretexto le alcanzaria con sus tropas. Así se hizo con asombro de los indios, y llegando al lugar donde se decia que estaban los megicanos, se encontró ser todo falso, por lo que reprendió Cortés fuertemente á los de Cempoala, obligándolos á restituir á sus dueños todo lo que habian robado en las inmediaciones del pueblo.

En el regreso á Cempoala dió Cortés un severo ejemplo de disciplina, mandando ahorcar á un soldado llamado Mora, porque robó dos guajolotes de la choza de un indio, no habiéndole librado de la muerte mas que el haberse apresurado Pedro de Alvarado á cortar la soga con su espada.

Vueltos los españoles á Cempoala, quiso el cacique estrechar los lazos de la amistad por otros mas poderosos, y presentó á Cortés ocho indias jóvenes, hijas de caciques, y entre ellas una sobrina suya, destinando esta á Cortés y las otras á sus capitanes, todas ricamente ataviadas y acompañadas de otras indias para su servicio; pero Cortés contestó, que "de buena gana recibirian las doncellas como fuesen cristianas, que de otra manera no era permitido á hombres, hijos de

la iglesia de Dios, tener comercio con idólatras"; escrúpulo que se quitó despues con el bautismo de estas jóvenes, cuyos padres se tuvieron por muy honrados viendo que los españoles las llevaban en su compañía. Pero esta amistad estuvo á punto de perderse por un acto de celo religioso de Cortés, quien por un golpe de autoridad quiso destruir el culto establecido, sin que en ello tuviese todavía parte alguna la convicción. Es sin embargo muy plausible el motivo que á ello le decidió. Chocado de ver "que cada dia, dice Bernal Diaz, sacrificaban delante de nosotros tres, ó cuatro y cinco indios, y los corazones ofrecian á sus ídolos, y la sangre pegagan por las paredes, y cortábanles las piernas, brazos y muslos, y los comian, como vaca que se trae de las carnicerías en nuestra tierra, y aun tengo entendido que lo vendian por menudo en los tianguis, que son mercados" exigió del cacique que se pusiese término á tantos horrores y se arrojasen de sus altares los ídolos á los que tales sacrificios se ofrecian. El cacique espantado de semejante proposicion no solo lo rehusó, sino que amenazó resistirlo; pero Cortés hizo subir con denuedo cincuenta hombres al templo principal: los ídolos rodaron hechos pedazos por las escaleras y los indios quedaron maravillados, viendo que la cólera del cielo no se manifestaba con el terrible castigo que temian. En lugar de los ídolos se colocó una imágen de Nuestra Señora y por entonces á esto se limitó la variacion del culto, pues aunque Cortés hizo á los indios un razonamiento sobre los principales dogmas de la religion cristia-

na, es muy probable que no quedasen muy instruidos con solo esta breve plática.

Cortés regresó á la villa rica, y se sorprendió de hallar en el puerto un buque venido de Cuba durante su ausencia. Mandábalo Francisco de Saucedo y con él venia Luis Marin, persona que fué de importancia en lo sucesivo, y aunque no traian consigo mas que diez soldados, un caballo y una yegua, cualquiera refuerzo era bien recibido en las circunstancias. Entonces se supo que Velazquez habia obtenido en la corte el título de Adelantado de la isla de Cuba y de las tierras nuevamente descubiertas, con la facultad de poblar en ellas en los términos que hemos visto en esta disertacion. Esto persuadió á Cortés que era necesario dirigirse á Carlos V para que sus procedimientos fuesen aprobados, y para que esto fuese con mejor efecto, propuso á sus capitanes mandar á España á dos de ellos, con la relacion de todo lo acaecido y con todo el oro y demas presentes recibidos de Moctezuma, para que la vista de este tesoro diese mayor idea de la riqueza y abundancia del pais recientemente descubierto y cuya conquista habian emprendido. El quinto de todas estas riquezas pertenecia al fisco por la regla establecida en las nuevas conquistas: del resto, segun lo acordado por el ayuntamiento de Veracruz cuando su instalacion, se debia sacar otro quinto para Cortés, y distribuirse lo demas entre los gefes y soldados; pero como hecha esta reparticion era poco lo que habria que mandar á la corte, todos cedieron su parte voluntariamente á per-

suacion de Cortés, para que fuese mayor el envío que se hacia al soberano. La lista muy curiosa de lo remitido se insertará en el apéndice con la carta escrita por el ayuntamiento, en que dá razon circunstanciada de todo lo hecho hasta entonces. Para que llevasen una y otra cosa fueron escogidos Francisco de Montejo, y Alonso Hernandez Portocarrero, éste en consideracion á que siendo pariente inmediato del Conde de Medellin, tendria relaciones en la corte para que fuesen mas favorablemente recibidas las pretensiones de Cortés y sus compañeros, y se nombró por piloto del buque que se aprestó para el viage á Anton de Alaminos, por el conocimiento que tenia del canal de Bahamá por donde se habia de desembocar, pues se dió expresa órden á los comisionados para que no tocasen en las costas de Cuba, para evitar que Velazquez tuviese conocimiento de su viage y objeto que en él llevaban. Con tales instrucciones se hicieron á la vela el dia 26 de julio; pero no obstante lo que se les habia expresamente mandado, arribaron á Cuba por el interés que Montejo tenia en visitar una hacienda que poseia en Marien, y por medio de un marinero que se escapó, Velazquez tuvo conocimiento de todo, con lo que hizo prontamente armar dos buques ligeros que fuesen á apresar al de los comisionados; pero cuando llegaron ya estos habian desembocado el canal y navegaban por el Atlántico, siendo este el primer viage que se hizo por este derrotero, que ha sido despues el que se ha seguido en el inmenso tráfico del golfo de Méjico y las Antillas

con Europa. Velazquez, que hasta entónces no habia tenido noticia alguna de Cortés ni de su expedicion, dirigió sus quejas á la Audiencia de Santo Domingo y á los monges gerónimos que gobernaban los establecimientos españoles en América, y no habiendo sido atendidas como deseaba, se propuso hacerse él mismo justicia por medio de las armas, segun mas adelante veremos. Los comisionados de Cortés llegados á España fueron mal recibidos y aun maltratados por el obispo de Burgos D. Juan de Fonseca, que presidia á la sazón el consejo de Indias, con lo que de acuerdo con Martin Cortés, padre de D. Fernando, resolvieron enviar á Flándes, donde el emperador se hallaba, personas que llevasen sus cartas y la del ayuntamiento de Veracruz que traian en duplicado, y es el motivo por el cual esta se ha encontrado en la Biblioteca imperial de Viena. Cárlos V dejó la determinacion de todo este negocio para cuando regresase á Castilla, por lo que por entónces quedó sin resolverse.

Apenas habian partido los comisionados y cuando Cortés disponia su viage á Méjico, se descubrió la conspiracion que habia formado un eclesiástico que acompañaba al ejército llamado Juan Diaz, con otros individuos, que tenia por objeto embarcarse secretamente en uno de los buques que habian dispuesto para volverse á la isla de Cuba, y por sentencia que Cortés dió en el proceso que se les instruyó, fueron condenados á la pena de horca Pedro Escudero y Juan Cermeño, á que se le cortasen los piés al piloto Gon-

zalo de Umbria, y á azotes algunos marineros, no habiéndose impuesto castigo ninguno al presbítero Juan Diaz, por respeto á su carácter. Cortés al firmar la sentencia exclamó: ¡O quien no supiera escribir, para no firmar muertes de hombres!

Esta conspiracion le hacia ver cuanto se aventuraba en seguir adelante en su empresa, si no comprometia en ella de una manera decisiva á los que le acompañaban. De estos los unos, dice el mismo Cortés en sus cartas á Carlos V, "por ser criados y amigos de Diego Velazquez tenian voluntad de salir de la tierra, y otros por verla tan grande y de tanta gente y tal, y ver los pocos españoles que éramos, estaban del mismo propósito," con lo que se persuadió que era menester quitar la ocasion de nuevas deserciones, por uno de aquellos golpes atrevidos de que presenta pocos egemplos la historia. Hizo marchar parte de la tropa á Cempoala con Alvarado, y él mismo siguió luego con el resto. Allí propuso á los gefes y principales soldados lo que habia pensado, porque en la situacion de Cortés con respecto á su egército, siendo general por eleccion de este, si bien tenia grande influjo, disfrutaba de poca autoridad, y tenia que proceder en todo lo mas importante con anuencia de los que habian de egecutarlo. Aprobado su designio, para darle color para con los soldados, hizo presentar un informe por los pilotos, del que resultaba que los buques estaban muy maltratados, carcomidos de broma, é incapaces de salir á la mar, con lo que dió orden de sacar á tierra las anclas, el velámen y demas que se pudiese apro-

vechar y echar á pique los bajeles, no dejando mas que uno solo y las lanchas. Así se hizo, y en seguida una mañana, reunidos los soldados que andaban consternados é inquietos con la noticia del suceso, despues de misa los instruyó de lo que se habia verificado, persuadiéndoles que esto habia sido efecto de la necesidad atendido el estado de los buques, los cuales por otra parte de nada les servirian, si como estaban resueltos á hacerlo penetraban en el interior del país, cuando destruidos aquellos podian contar con un aumento de fuerzas, reunidas al egército las tripulaciones y demas gente de mar. Añadió, "que conociendo su valor y resolucion, estaba creido que ninguno seria tan cobarde y tan pusilánime que quisiera estimar su vida mas que la suya, ni de tan débil corazon que dudase ir con él á Mégico, donde tanto bien le estaba aparejado, y que si acaso se determinaba alguno á dejar de hacer esto, se podia ir bendito de Dios á Cuba en el navío que habia dejado, de que ántes de mucho se arrepentiria, viendo la buena ventura que esperaba le sucederia." Los soldados, con este discurso del general, como sucede en las reuniones numerosas, pasaron de la consternacion al entusiasmo, y una aclamacion general á *Mégico*, á *Mégico*, fué la contestacion del egército.

Pero esta marcha, para lo que todo estaba prevenido, fué de nuevo interrumpida por otro incidente de los que frecuentemente ocurrían en el sistema que se seguia de hacer las conquistas por via de empresas particulares. Francisco de Garay, gobernador de la

Jamaica, á la fama de los descubrimientos de Grijalva, habia ocurrido á la corte pretendiendo ser él descubridor de aquella parte de costa que corre desde el rio de Pánuco, de donde Grijalva se habia vuelto, hasta la Florida, y habia obtenido el título de Adelantado y la facultad de formar establecimientos en todo aquel pais. Habia mandado con este objeto cuatro buques, los cuales se habian presentado delante de la Villa Rica, sin querer entrar en el puerto no obstante las señales que se les habian hecho para llamarlos. Juan de Escalante que habia quedado mandando en aquel punto, dió luego aviso de la novedad á Cortés, quien con su acostumbrada actividad partió inmediatamente para el puerto, dejando su ejército en Cempoala bajo el mando de Alvarado y Sandoval, y habiendo llegado, sin querer reposar un momento, porque usando de un proverbio vulgar, dijo: "que cabra coja no tenga siesta," se dirigió á la playa al punto donde estaba fondeado uno de los buques; mas ántes de llegar allá se encontró con un escribano que con dos testigos venia á notificarle que abandonase aquella parte de costa, por pertenecer á la concesion hecha á Garay. Cortés detuvo á estos tres individuos y por su medio, con el artificio de hacerles cambiar de traje con tres soldados suyos, que con este disfraz se acercaron al buque, pretendió entrar en comunicacion con la gente de éste; mas no logró hacer desembarcar y coger mas que á cuatro soldados, pues los demas alzaron velas y se hicieron á la mar. En estos casos los conquistadores, en vez de darse auxilio, se

trataban hostilmente entre sí, y defendian sus concesiones contra sus mismos paisanos como contra un enemigo extranjero. Así se iba repartiendo todo el continente de América, sin datos ningunos en que fundar esta distribucion, y los naturales de él se encontraban ser vasallos de un príncipe á quien no habian oido nunca nombrar, pero que los consideraba sus súbditos tan positivamente como á los nacidos en sus antiguos reinos, segun se vé en las instrucciones de Velázquez á Cortés, sin saber tampoco este príncipe ni sus agentes quiénes eran ni dónde estaban tales vasallos.

Removido este nuevo motivo de inquietud, Cortés salió por fin de Cempoala, á cuya poblacion puso por nombre *Sevilla*, el dia 16 de agosto de aquel año de 1519, con la firme resolucion como él mismo dice al emperador Carlos V, "de ir á ver, do quiera que estuviese, á aquel gran señor que se llamaba Moctezuma, y haberlo preso o muerto ó súbdito á la corona real de V. M." El cacique de Cempoala le dió cuarenta indios principales que le guiasen y acompañasen y doscientos *tamemes* ó cargadores, cada uno de los cuales podia cargar dos arrobas, para llevar la artillería, pues en cuanto á bagages, dice Bernal Diaz "para nosotros los pobres soldados no habiamos menester ninguno, porque en aquel tiempo no teniamos que llevar, porque nuestras armas con ellas dormiamos y caminábamos, siempre muy apercebidos para pelear." Prudente precaucion de capitan, que penetrando en un pais desconocido no queria dejar nada á la

casualidad, sino ir siempre prevenido para cuanto pudiera ocurrir.

Cuatro meses habia permanecido Cortés en la costa de Veracruz, durante los cuales habia sublevado contra su soberano á una gran parte de los pueblos de la serranía, habia atacado el culto establecido, é insistido en su resolucion de pasar á Méjico, sin que en tanto tiempo Moctezuma, alarmado ya justamente desde el suceso de Tabasco, hubiese tomado la menor providencia para su defensa, ni aun siquiera situado un egército de observacion que estorbase á los españoles el paso á su capital, si llevaban adelante el intento de ir á ella contra su voluntad. Todo se habia reducido á frecuentes embajadas á Cortés, instándole para que se retirase, con lo que ponía de manifiesto su temor, acompañadas de presentes que estimulaban mas en aquel el deseo de poseer un país que tantas riquezas producía. Conforme al consejo de los cempoaltecas, Cortés dirigió su marcha por Tlaxcala, por ser esta república amiga de aquellos y enemiga de los megicanos: el derrotero que siguió ha sido demarcado con diligencia por el Sr. Arzobispo Lorenzana en la noticia que precede á las cartas del mismo Cortés á Carlos V, que publicó en esta capital en 1770, aunque padece la equivocacion de hacerle partir de la Antigua, poblacion que entonces no existía, pues la Villa Rica se trasladó primero como hemos visto á las inmediaciones de Quiabíslan, donde permaneció durante la conquista, habiéndose mudado despues á la Antigua, de donde volvió al cabo de algunos años al puesto que

hoy ocupa la actual ciudad de Veracruz, que es el mismo en que desembarcó Cortés é hizo la primera fundacion; variaciones en que si se ha tenido por objeto mejorar de temperamento, no se ha aventajado mucho con ellas.

No entra en mi plan seguir menudamente todos los pasos de los conquistadores, sino solo fijarme en aquellos sucesos principales que caracterizan la conquista y dan á conocer las ideas que dominaban en el siglo en que se verificó, pasando ligeramente sobre todo lo demas. En su marcha Cortés, en todos los pueblos á donde llegaba, hacia cesar los sacrificios humanos, daba alguna tintura de la religion cristiana, hacia reconocer al rey de Castilla como soberano y levantaba cruces, recomendando se las mirase con acatamiento y reverencia, á cuya práctica se opuso el P. Fr. Bartolomé de Olmedo, religioso mercedario que acompañaba al egército, y en cuya conducta se ve siempre dominar un celo ilustrado y verdaderamente cristiano, por el cual contenía dentro de justos límites los impulsos menos prudentes de Cortés, y en esta ocasion, le manifestó que habiendo salido de los pueblos de los totonacas, sobre cuya obediencia se podia contar, era exponer á desacatos é irreverencias la insignia de la redencion, dejándola á la voluntad y al capricho de pueblos que no tenían idea alguna de los misterios que representaba.

Nada deseaba tanto Cortés como entrar en relaciones amistosas con Tlaxcala: á este fin dirigió su marcha por aquella ciudad, y al acercarse al territo-

rio de la república mandó una embajada con cuatro de los principales cempoaltecas, que fueron conductores de una carta en que pedia paso, acompañándola con un presente en que manifestaba el aprecio que hacia de la fama guerrera de aquella nacion. No era de creer que la carta fuese comprendida por el Senado á quien se dirigia; pero Bernal Diaz dice, que aunque bien lo entendieron así los españoles, creyeron que viendo los tlaxcaltecas papel diferente del suyo, conocerian que era de mensagería. Tardaban en regresar los enviados, y Cortés habiéndolos esperado tres dias, resolvió continuar su marcha con mas que su acostumbrada vigilancia, y á la salida del valle, por el cual habia seguido su camino, se encontró con una gran cerca de piedra seca que atravesaba todo el valle de una montaña á otra, dispuesta de manera que se podia combatir con seguridad desde arriba, con una entrada de diez pasos de ancho, cubierta con una cerca doble que la cerraba y defendia. Esta fortificacion estaba sin gente que la guarneciese; pero su solidez y estructura llenó de admiracion á los españoles, inquietos ya por el retardo de sus enviados, mas Cortés poniéndose al frente de su caballería, se entró por la angosta puerta diciendo á sus soldados: "Señores, sigamos nuestra bandera, que es la señal de la cruz, que con ella venceremos" y el ejército le siguió repitiendo: "Vamos mucho en buena hora, que Dios es fuerza verdadera." A poco andar se dejaron ver algunos tlaxcaltecas armados, que habiendo hecho resistencia á la caballería mandada á su alcance

se trabó una accion empeñada con cosa de cuatro á cinco mil hombres que salieron en defensa de sus compañeros de una emboscada en que estaban. Los españoles tuvieron ocasion de conocer en este combate el valor y destreza de los tlaxcaltecas, que les hirieron algunos soldados y mataron dos caballos, pérdida muy grande en aquellas circunstancias, en que una gran parte de la preponderancia de los españoles consistia en estos animales desconocidos á los indios, á quienes llenaban de espanto. =

Este ataque fué el resultado de la política capciosa que el senado habia adoptado. Fuese por recelo de que los españoles estuviesen coligados con los megicanos, enemigos perpetuos de los tlaxcaltecas; recelo que se fundaba en que los veian acompañados por los de Cempoala y de otros pueblos tributarios de los megicanos ó por otros motivos, habian resuelto impedirles el paso por su territorio: pero no queriendo romper manifestamente, combinaron el dejarse un camino de disculpa si la fortuna les era adversa, imputando las hostilidades á sus generales ó atribuyéndolas á desman de las tribus otomies que circundaban sus límites. Por esta conducta tortuosa, y por la que Moctezuma siguió en el curso de sus contestaciones con Cortés, se deja conocer que el doblez con que procedian por aquellos tiempos algunos soberanos de Europa, no era cosa desconocida para los gobiernos de América que mas adelantados estaban en la civilizacion.